

La urgencia de la fraternidad entre creyentes

3 de junio de 2026

CHARLES DE PECHPEYROU

«Recordar a monseñor Pierre Claverie y a sus dieciocho compañeras y compañeros beatos mártires de Argelia, treinta años después de su asesinato, no significa remover un pasado doloroso y ya superado, ni tampoco ser guardianes de una memoria como quien cuida un museo. Es afirmar la urgencia, para hoy y para mañana, de una fraternidad que se libera y se enriquece con las diferencias culturales y religiosas, con las heridas de la historia, y que hunde sus raíces en la promesa de una humanidad llamada a reunirse por completo en Dios, tal y como Cristo nos prometió»: el autor de estas palabras es el cardenal Jean-Paul Vesco, arzobispo de Argel, quien se expresó así con motivo de una misa que presidió en la abadía cisterciense de Notre-Dame d'Aiguebelle, el domingo 10 de mayo, junto a monseñor François Durand, obispo de Valence, y al diácono Guy Leydier, delegado diocesano para el diálogo islamo-cristiano, en presencia de los superiores de las congregaciones de los beatos, así como de los miembros de sus familias. La abadía del departamento de Drôme mantiene, en efecto, profundos vínculos con los mártires de Argelia, en particular con Tibhirine y la historia de los monjes del Atlas. El hermano Luc, uno de los siete monjes asesinados en 1996, había ingresado en Aiguebelle antes de trasladarse a Argelia. El padre Christian de Chergé también había realizado su noviciado en Aiguebelle antes de partir hacia el norte de África. Además, en el recinto de la abadía se encuentra el «Memorial de Tibhirine», una pequeña capilla dedicada a la memoria de los mártires. «Es precisamente esa fraternidad —prosiguió el cardenal franco-argelino ante la asamblea de un centenar de personas que le escuchaban, entre ellas los monjes trapenses de la abadía— la que tiene su origen en el único sacrificio de Cristo en la cruz, del que son testigos los diecinueve beatos de Argelia. De los cuales, etimológicamente, son mártires. Y este martirio es una buena noticia para toda la humanidad».

«Nunca olvidaré mi primera visita al monasterio de Tibhirine, una fría y brumosa mañana de noviembre de 2002», confesó el arzobispo de Argel: «Deambulaba por el claustro abandonado y contemplaba las estribaciones del Atlas, que durante tantos años había sido el majestuoso, aunque solitario, horizonte de los monjes. Entonces me di cuenta de hasta qué punto, antes de convertirse en los famosos monjes de Tibhirine conocidos en todo el mundo, aquellos hombres habían llevado una vida oculta y austera dedicada a la oración. Habían entregado su vida mucho antes de que se la arrebataran aquel día de mayo de 1996». Pero, en Tibhirine —prosiguió el cardenal Vesco—, «esa búsqueda de la unión íntima con Dios y en Dios que habita en el corazón de un monje había adquirido para ellos un matiz particular. Había adquirido el matiz de la religión musulmana que moldeaba la vida de sus vecinos y amigos. Había adquirido el matiz de la hospitalidad y la fraternidad que experimentaban y vivían en la sencilla cotidianidad de su vida laboral y social, en la comunión con las alegrías y las penas de los habitantes del pueblo. Había adquirido el matiz del otro, radicalmente diferente, que trastoca las costumbres y las certezas».

Lo que es cierto para los monjes de Tibhirine —aseguró el prelado— lo es igualmente para los otros doce beatos asesinados entre el 8 de mayo de 1994 y el 1 de agosto de 1996: Pierre Claverie, el obispo dominico de Orán; los cuatro Padres Blancos de Tizi Ouzou; el hermano marista Henri; Paule-Hélène, hermanita de la Asunción; las hermanas agustinas Esther y Caridad; las dos hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, Bibiane y Angèle-Marie; y la hermana Odette, hermanita del Sagrado Corazón. «Esto también era cierto para todos los miembros de la Iglesia durante ese periodo de violencia. De hecho, aunque se cobró la vida de diecinueve personas, todos la habían puesto en peligro y la habían entregado de antemano».

El día anterior, el sábado 9 de mayo, es decir, al día siguiente de la fecha oficial en la que se conmemora el sacrificio de estos mártires, el cardenal Vesco ya había presidido una misa, esta vez en la catedral de Notre-Dame de París, concelebrada por el arzobispo, Monseñor Laurent Ulrich, y el padre Thomas Georgeon, de la abadía de Notre-Dame de la Trappe en Soligny, especialista en los monjes de Tibhirine. Ante unos 700 fieles, en un ambiente de gran recogimiento, el prelado dominico se detuvo precisamente en las razones que llevaron a elegir la fecha del 8 de mayo. «Cuando tuvimos que preparar la celebración de la beatificación de monseñor Pierre Claverie y sus dieciocho compañeras y compañeros mártires, entre ellos los siete monjes de Tibhirine, tuvimos que decidir una fecha para la celebración de la memoria litúrgica —relató el cardenal en su homilía—, y la que mejor se ajustaba era este 8 de mayo, día del asesinato del hermano marista Henri Vergès y de la hermana Paule-Hélène en nuestra biblioteca Ben Cheneb de la Casbah, el 8 de mayo de 1994. Fue el primer asesinato de una interminable serie. Más tarde, nos dimos cuenta de que el 8 de mayo era también el aniversario del nacimiento de Pierre Claverie y vimos en esta afortunada coincidencia una confirmación de lo acertado de nuestra elección». Treinta años después, el testimonio de los beatos «no ha perdido nada de su candente actualidad», afirmó a continuación el arzobispo de Argel.

Al comienzo de la misa, monseñor Ulrich pronunció un discurso de bienvenida, en el que recordó que, hace treinta años, los fieles de París rezaron, junto a su arzobispo, el cardenal Jean-Marie Lustiger, y encendieron y mantuvieron viva la llama de siete velas, hasta que se dio a conocer el último testimonio de los siete trapenses del monasterio de Tibhirine. «Esas luces, que entonces se apagaron una a una —prosiguió el prelado—, brillarán esta noche entre nosotros» al volver a encenderse por primera vez desde 1996, «no para negar lo ocurrido, ni porque se trate simplemente del pasado, sino para significar que el martirio es, en efecto, un testimonio, un testimonio que ni siquiera las tinieblas más profundas pueden detener». El testimonio de los monjes de Tibhirine y de todos los mártires de Argelia —afirmó monseñor Ulrich— «es el de una presencia sencilla, que discierne el bien; es decir, un camino de verdad que permite vivir plenamente el amor al prójimo, la vocación de todo discípulo de Cristo».

Uno de los momentos más destacados de la misa celebrada en Notre-Dame de París fue la lectura, a cargo de Hubert de Chergé —hermano del difunto prior de Tibhirine—, del testamento espiritual de este último, que se ha convertido en un texto fundamental para el diálogo interreligioso y la esperanza cristiana.